

LOS JUEVES DE LA CONSTITUCIÓN EUROPEA

MIGUEL ÁNGEL AGUILAR

Esta sesión la va a presentar Vicente Vallés. Primero dirá algo sobre Fernando Carbaño que es el director de la oficina del Parlamento Europeo en Madrid, coorganizadora de esta serie junto con la Fundación Carlos de Amberes y la Asociación de Periodistas Europeos.

FERNANDO CARBAÑO

Buenas tardes. Parecía que nunca íbamos a llegar a esta sexta jornada cuando empezamos. Pero aquí estamos. Sólo quedan tres días para el referéndum, y yo creo que estamos con uno de los temas más importantes de estas jornadas: "Cultura, educación y política en la nueva Europa". Ésta es la base para nosotros de todo este proceso de constitucionalización de Europa. Hoy tenemos unos ponentes de excepción.

VICENTE VALLÉS

Estamos sólo a tres días del referéndum al que estamos convocados los españoles. En el primero que tuvimos se aprobó la Constitución Española del año 78. En el segundo los españoles decidieron que España formaría parte de la OTAN. Y en el tercero, con otro presidente socialista, nos convocan para decidir si aprobamos o no la Constitución Europea. Tanto en el primero como en el segundo parece que había bastante interés en la población por participar. Eran temas que tenían su polémica por el momento histórico en el que aparecían. No parece que ahora mismo haya un gran entusiasmo por el referéndum del domingo, aunque habrá que esperar para ver el resultado. En cualquier caso lo que se decida en España tendrá una influencia determinante en las posiciones que puedan adoptar otros países al respecto de esta Constitución. Estamos en un debate muy interesante tanto a nivel de política nacional como a nivel de las políticas europeas. Está en juego, como enuncia este debate, la política, la educación, y la cultura en la nueva Europa. Para hablar de todo esto tenemos cinco personalidades de la política, el pensamiento y el periodismo que nos van a aportar sus puntos de vista. Sin más, le doy la palabra a Antonio Tabucchi.

ANTONIO TABUCCHI

Sean como sean las votaciones en cualquiera de los países lo que hay en juego es el futuro de Europa. A mí me convidaron a hablar sobre una cultura común de nuestra hipotética Europa. Vine con dos temas. Por un lado, una modestísima propuesta. Por el otro lado, una pregunta, una cuestión. Creo que si Europa quiere efectivamente crear una cultura común tiene que pensar en la difusión de una historia común. Y por lo tanto, la difusión de la historia de nuestra Europa empieza en la escuela con los libros de texto. Me interrogaba durante estos años. Yo también soy profesor universitario. Esta universidad es para extranjeros. Vienen estudiantes de muchos países de Europa, y me daba cuenta de que los estudiantes italianos apenas conocen la guerra civil española, el bombardeo de Guernica, la

historia de Checoslovaquia, el golpe de Praga de los años cincuenta, la situación de los países que pertenecían al este de Europa, y al contrario, creo que los estudiantes españoles conocen la historia de Francia del siglo XX. Sería absolutamente necesario el conocimiento a través de un libro de texto común, adoptado en toda Europa, que se pueda dar a conocer a nuestros jóvenes la historia de nuestros países, ya que ellos van a ser el futuro. Me parece paradójico o ridículo que los chicos empiecen a estudiar la civilización de los egipcios. Es muy interesante, pero creo que sería más interesante que los jóvenes también conocieran la historia de los países de nuestra Europa. Esta es mi modesta propuesta. Después debería ser estudiada y analizada para ver cómo se hace la historia. Pero este es un problema que no vamos a plantear ahora.

Hablamos de cultura, pero la cultura es un concepto muy amplio que abarca todos los campos del saber, de la filosofía hasta la ciencia pasando por la historia, el arte, la música, la arquitectura, el estudio de las religiones. Todo es cultura. Cuanto más saber posee un hombre, mayor conciencia posee de sí mismo y del mundo. Por tanto, dejará de ser un objeto pasivo, un mero número entre una multitud anónima, para convertirse en un sujeto activo que contribuye con sus decisiones personales a las decisiones colectivas, a eso que se llama ejercicio de la democracia. Una persona que haya leído Don Quijote o La Divina Comedia posee mayor cultura, y por eso, mayor conciencia del mundo y de sí mismo que si no lo hubiera leído. Una persona que sepa que la Tierra no está inmóvil como sostenía Ptolomeo, sino que gira alrededor del Sol como descubrió Galileo, posee mayor cultura y mayor conciencia del mundo y de sí mismo. Una persona que conozca los artículos que forman la Declaración Universal de los Derechos Humanos posee mayor cultura y mayor conciencia de sí mismo y del mundo. Esta "cultura" compete al sistema educativo de cada estado independiente, pero en un mundo como el nuestro todo está interrelacionado. Ningún país vive aislado en el interior de sus fronteras geográficas. Claro, se habla de "aldea global". Cultura equivale a información, y la información significa conocimiento. Pregunto: ¿de qué me sirve conocer el episodio de los molinos de viento de Don Quijote? ¿De qué me sirve el conocimiento del infierno del Canto XI de Dante? ¿De qué me sirve el conocimiento de la Declaración Universal de los Derechos Humanos? Porque después no puedo aplicar mi conocimiento al contexto histórico en el que estoy viviendo, ya que acerca de éste no estoy informado.

Si de cuanto ocurre en el mundo o en mi propio país, yo no estoy informado, ¿de qué me sirve mi cultura? Todo el saber del mundo no hará de mí una persona con mayor conciencia de sí mismo y del mundo, sino solamente un erudito que no puede aplicar su cultura al mundo porque de ese mundo le falta información, es decir, conocimiento. O bien, solo tiene una información parcial o distorsionada que no corresponde a la realidad. Hoy nos interrogamos acerca de con qué cultura común dotar a una Europa gracias a una Constitución común. Pero quisiera plantear un interrogante a Europa. ¿Cómo puede pensar Europa en tener una cultura común si existe una disparidad abismal de información, y por lo tanto, de conocimiento entre los países que la componen? ¿Es que alguien puede hacerme creer que un ciudadano italiano posee el mismo conocimiento del mundo que un ciudadano español, francés, alemán o inglés? Si Europa pretende decirme que es así, debe entregar, primero, el ochenta y cinco por ciento de la información televisiva e impresa en España al Sr. Zapatero, en Francia al Sr. Chirac, en Alemania al Sr. Schroeder, en Inglaterra al Sr. Tony Blair. Entonces, admitiré que un ciudadano italiano y el resto poseen el mismo conocimiento. Yo no estoy hablando de alucinaciones como aquellas en las que Don Quijote confundía los molinos con gigantes. Yo estoy hablando de gigantes

verdaderos. Los gigantes de la información. Un gigante de la información que es propietario o que controla el ochenta por ciento de la información en Italia, y los números que proporciono no han salido mi fantasía de novelista sino de los institutos de estadística de mi país. Y ese Señor que posee el ochenta por ciento de la información italiana es al mismo tiempo el jefe del Gobierno italiano. No me gustaría que se me objetara que cada país se debe regular como le parezca mejor. Yo objetaría que hemos estipulado en Europa un pacto de estabilidad económica que ha sido fijado sobre determinados porcentajes. Y ahora estamos hablando de democracia, porque la base común sobre la que se basa la Constitución de nuestra Europa, su propio principio, es la democracia. ¿Es qué hay alguien que quiere hacerme creer que la democracia se basa más en un pacto de estabilidad económica, que, por otra parte, algunos países, entre ellos el mío, parecen empeñados a toda costa en romper, que en la capacidad de percibir la realidad del mundo o en el derecho de ser informados?

El Corriere della Sera de hoy trae la siguiente noticia: “El Parlamento sueco ha establecido que en Suecia la televisión pública debe limitar la presencia de autoridades políticas, económicas y de otros individuos con poder. Y la televisión sueca ha lanzado un anuncio semanal en el que aparece Vladimir Putin que controla la información de su país pero que no forma parte de la UE, y Berlusconi mientras saluda con las manos a la multitud y una mandolina toca una canción popular italiana. Bajo la imagen de Berlusconi corre un letrero que reza <<en Italia el 90% de la televisión está en manos de Berlusconi quien tras una intensa campaña ganó las últimas elecciones y es ahora presidente del Gobierno>>. El anuncio termina así <<Televisión sueca. Nosotros somos una televisión libre>>”. Y aquí la reacción italiana: “Me parece una iniciativa discutible” dice el ministro de la Comunicación, y añade “y digo <<discutible>> por no crear un incidente diplomático”. Aún más dura ha sido la siguiente reacción: “se trata de una intromisión en los asuntos de un país extranjero”. “Berlusconi fue elegido por la mayoría de los italianos y es democráticamente el jefe del Gobierno, y eso es problema nuestro”. Esta reivindicación pertenece a Franco Benedetti, senador de Demócratas de Izquierda, pero creo que ese es un problema común, de todos nosotros, que estamos hablando y que queremos hablar con absoluta paridad. Muchas gracias.

VICENTE VALLÉS

Gracias, Antonio. Nos ha dejado algunos temas expuestos para que sean debatidos posteriormente. Ha hablado de los medios de comunicación en Europa y la necesidad de que exista un concepto de historia común en Europa y que eso se refleje en los libros de texto. Tiene la palabra ahora Felipe González.

FELIPE GONZÁLEZ

La intervención de Antonio Tabucchi me provoca alguna reflexión inicial. Algunas de las reflexiones sobre la historia me hacen pensar sobre la educación de la historia. Incluso, sin tener la ambición de estudiar una historia compartida, una historia europea, que sea capaz de verse también con la mirada del otro, y por tanto, de comprender el conjunto de la historia. Yo creo que uno de los grandes déficits de los estudios de historia en todos los países es que, probablemente, uno se pasa el primer trimestre estudiando de los egipcios a Roma y cuando termina el curso, yo no recuerdo un curso en el que hubiera completado

hasta la historia contemporánea o actual, eso siempre se dejaba para el año siguiente y así sucesivamente. Yo, algunas veces hablando con amigos dedicados a esa extraordinaria profesión, cada día más difícil, de la enseñanza y de la educación, decía por qué no hacer un estudio de la historia al revés. Y entonces, puede que no llegáramos a los egipcios, pero al año siguiente si se podría llegar, sobre todo, los que siguieran estudiando historia. Así tendría más sentido el aprendizaje de la historia. Porque es verdad que no se construye futuro sin saberse de dónde venimos. La historia de los pueblos y de los países es como la memoria. Algo frágil, y por tanto, desconocido. Es verdad que hay muchos componentes de subjetividad. Pero quizá el mayor progreso que se podría hacer es empezar a estudiar la historia por el final, y a partir de ahí, ir construyendo el relato de lo que sucedió antes para haber llegado a ese final. Yo creo que eso tendría para todo el mundo más interés.

Ahora además tendría un doble sentido. Estamos viviendo un gran desconcierto con esto del referéndum. Ya saben que la política cada vez se hace más complicada. Si uno hace un estudio de opinión, y pregunta si creen que los ciudadanos deben de ser consultados para la aprobación de este texto que llamamos Constitución Europea, el ochenta por ciento de las respuestas sería que sí que deben ser consultados. Hay poca gente que diga que no es partidaria de la democracia directa. Naturalmente, eso viene después de un calentamiento de todos los líderes políticos que son partidarios de que se consulte. Hay pocas excepciones entre el liderazgo político de gente que no crea esto. Todos quedan bien diciendo que hay que consultar. Pero cuando llega la consulta todo el mundo da marcha atrás. Buena, sería una buena oportunidad. Por ejemplo, decir ¿por qué estamos en este punto? ¿De dónde partimos? Y así, comenzar a hacer algo de historia europea. Es una buena oportunidad para el futuro porque sino difícilmente va a tener explicación para los ciudadanos.

El ciudadano se hace en la escuela primaria. Después se aprenden otras cosas, pero se construye el ciudadano en los primeros pasos de la educación. Y se hace el ciudadano porque se acostumbra a la diferencia, porque acepta al otro. No hay que educarlos en la primaria para la competitividad. Nos ha entrado con la competitividad una especie de pasión frustrante. A partir de la secundaria tienen que empezar a conocer algunas materias. En casi todos los países esto se entiende en un lenguaje homogéneo en la división del proceso educativo. Pero lo primero que hay que aprender es a convivir en la diferencia, a convivir con el otro. Y en las sociedades complejas convivir con el otro no es solo convivir con el otro en un sistema público de enseñanza, con el otro que tiene un nivel de renta, de información o de cultura distinto, sino que convivir con el otro significa convivir con el inmigrante, con los que vienen de fuera, con los que tienen otra percepción del mundo, con los que tienen menos facultades, menos posibilidades, con los que tienen algún tipo de déficit físico o psíquico. Esto es lo que educa al ciudadano.

Se atribuye a Bonet, y si no es verdad debería serlo, aquello de que si volviera a empezar el trabajo para construir Europa él empezaría por la cultura. Sin embargo, en materias de educación y culturales, salvo algunos debates sobre esto, la competencia sigue estando en manos de los estados. Por tanto, no hay una competencia educativa compartida. Hay algunas iniciativas que empezaron a ponerse en marcha en lo que se llamó "la década de la galopada europea" desde el 85 al 95. Lo que al final crearía un elemento de cohesión, de compartir algo, no es exactamente la redistribución material de la riqueza a través de políticas estructurales, sino que uno sea capaz de responder a la pregunta: ¿por qué yo navego en el mismo barco con este otro hacia el mismo destino, si no sé que comparto exactamente con este otro? Y lo que se comparte son pautas culturales que no son homogéneas. La cultura de las culturas. O la identidad de las identidades, si es que se

comparte algo. Estamos todavía lejos de esto. Nos hemos llevado algunas sorpresas apasionantes en el proceso europeo, y yo he dedicado algunos años de mi vida a este proceso desde dentro y desde fuera del poder. Siempre con el mismo sentimiento de insatisfacción por los pasos que se daban, pero con la comprensión de que era mejor dar un paso aunque me produjera cierta insatisfacción que quedarse atrás. El proceso se ha ido construyendo de esta manera, pero faltan los elementos de cohesión. Faltan algunas explicaciones, informaciones, análisis del origen de este phatos que empezó a construir la UE sobre la base de la voluntariedad, o del impulso ético que puso en marcha la dinámica europea. Ambos se relacionan con la necesidad de superar el enfrentamiento entre europeos y de construir una cierta armonía que permitiera avanzar conjuntamente. En este proceso histórico se sustituyó el dialogo de los cañones o de las pistolas por un diálogo, a veces muy bronco y duro, en los consejos europeos a los que asistí durante diez años en una época muy intensa de debates. Era cualquier cosa excepto un ejercicio de lo que consideramos relaciones diplomáticas. Era un debate que a veces subía de tono y era muy áspero. Pero era una bendición que el enfrentamiento por posturas diferentes no se resolviera a cañonazos, sino en largas sesiones de debate o de discusión que podían terminar a las dos o a las tres de la mañana. A veces, se terminaba sin acuerdo o se retrasaban, también con una pérdida de ritmo respecto a la evolución histórica que hemos vivido en los últimos veinte años que a su vez generaba una cierta frustración.

Hablaba Antonio sobre algunos problemas en la relación con la prensa. Parece que hoy aquí fuera un día especial en el que comienza a discutirse esto, después de ocho años en el que se ha hecho un intento por crear un oligopolio de oferta, no solo económico e industrial, sino financiero y mediático. Probablemente, solo ha salido parcialmente. No ha llegado a los límites que contaba Tabucchi. Por eso hoy me sorprendía la reacción que he visto en algunos medios frente al comportamiento del gobierno, comportamiento de amigos de no sé qué, y no conozco el proyecto del gobierno. No lo he leído y no lo he visto, pero sí he vivido los últimos años. En realidad, ha habido una gran revolución de la información. Recuerdo un debate en el Consejo Europeo que me sirve de prueba de lo que quiero decir, y que es un poco un contrapunto a la reflexión de Tabucchi. Se empezaba a discutir la televisión de alta definición. Había dos sistemas: secam y pal. Defendíamos intereses europeos frente a intereses de otras zonas del mundo en cuanto al sistema de alta definición. Se hizo una exhibición en París de alta definición como prototipo. Se discutió durante años. No llegamos a ponernos de acuerdo, y cuando ya nos pusimos de acuerdo el sistema no servía. A veces uno siente la angustia de que la dinámica de los acontecimientos es tan fuerte que el proceso de toma de decisiones no es, no ya capaz de anticiparse a los acontecimientos, sino de acompañar la dinámica de los acontecimientos. Las decisiones están desbordadas por los acontecimientos, y son decisiones tardías, y a veces totalmente obsoletas. Quizás recuerden los dos sistemas que había de las cintas de vídeo. Uno simplemente desapareció del panorama. El otro triunfó efímeramente. Bueno, se lo digo por contextualizar. Incluso desde el punto de vista de un debate que hoy es áspero pero pequeño, pequeño de pequeñez mental, el que se ha planteado respecto de los medios de comunicación con una cierta alarma, y en unos términos que no me gustan por lo que parece que tuvieron de sindicación de una especie de amenaza respecto del poder representativo totalmente innecesaria. Cuando fue necesaria, nadie amenazó. Cuando de verdad había riesgo, la mayoría de la gente se callaba. Y ahora resulta que riesgo de plantarse no parece que haya. No sé si será por el talante o por otra cosa. Pero la discusión es pequeña.

Querría introducir un elemento que realmente es complicado de meter dentro de la ensaladera de la información libre, plural, abierta, que reclamaba Antonio Tabucchi que señalaba la carencia de información en su país. Yo hice hace tiempo una observación sobre los primeros cinco grupos multimedia del área en la que se desenvuelve nuestra cultura de origen, la hispanoamericana o iberoamericana en el sentido amplio, porque tenemos un problema de identidad. Cuando estamos en América Latina nos consideran europeos, pero cuando estamos con un latinoamericano y un europeo nos consideramos hispanos, al menos desde el punto de vista de la identidad. Tenemos un lío tremendo para definir esto. Bueno, los cinco grupos más grandes, incluida el área española, ocuparían si estuvieran juntos el lugar número catorce en los grupos multimedia que dominan la información en el mundo. Haré un canto de esperanza, y no porque me gusten los contenidos. No es un problema de valoración de contenidos. Lo que estamos viviendo en términos de revolución tecnológica, esto que supone un cambio, no de la televisión analógica a la digital, sino de la inteligencia analógica a la inteligencia digital, que es la que empiezan a tener los chavales. No es un problema solo de técnica de televisión, sino de approach al conocimiento, al lenguaje. Esta es la auténtica revolución. Pero alguna esperanza siempre hay. Porque en esta abrumadora información que ha sido dominada por esos medios que ocupan los primeros lugares, ellos serían el número catorce frente a los grandes monstruos que existen en este momento desde el punto de vista mundial. Pero todos ellos no han sido suficientes para contrarrestar el efecto de alternativa a la información de un invento como Al-jazzera. Ahora quieren comprar Al-jazzera. Yo si fuera el dueño, la vendería y la haría otra vez. Porque la quieren comprar para callarla. Por tanto, tendría mucho más dinero para hacer algo mucho más potente que Al-jazzera. No estoy hablando de los contenidos. No los estoy juzgando. Estoy juzgando un fenómeno extraordinario que sobrepasa los límites de las fronteras, y que la generación siguiente va a estar abrumada por una cierta homogeneización del mensaje en grandes grupos multimedia, pero, por otro lado, también confío en una diversificación del mensaje que les vaya a permitir tener contraste o criterio. No pierdo la esperanza de que eso va a ser así.

Pero tenemos bastantes problemas. Uno de los comisarios de la UE de mayor nivel intelectual de los últimos tiempos, probablemente, sea un italiano, Monti, hombre de gran conocimiento, siempre me ha turbado pensar que cuando se habla en términos de competencia, y eso se aplica al audiovisual, se tiene una visión local cuando la red o internet ha roto todas las localizaciones. Por tanto, hay algo que no tenemos resuelto, que es la dimensión de lo que podríamos llamar “el espacio de la competencia”. No lo tenemos resuelto, y ni siquiera lo sabemos utilizar adecuadamente. Estamos ante desafíos completamente nuevos. Nuevos también en el territorio de la información, que es lo que me hace mantener un nivel de esperanza, que hemos vivido en acontecimientos dramáticos relativamente recientes que no han dependido de medios tradicionales o de otra naturaleza. Por tanto, tenemos que reenfocar esto para no llegar a la triste conclusión que es anterior a todo lo que digo. El único periódico europeo, es decir, que leen las élites europeas es el Herald Tribune. ¿O conocen otro que las élites compartan desde el punto de vista de la información? Me parece que ese es el más connotado como periódico europeo. Obviamente, no es ni una idea ni una iniciativa europea. Nos queda un cierto camino que recorrer en compartir la historia, el intercambio de información, o la participación en el pluralismo informativo. Es una de las grandes paradojas que se están produciendo aquí en el día de ayer y de hoy. Partiendo de la base de que el porcentaje de veracidad de lo que dice Antonio Tabucchi es bastante considerable, el poder o la hegemonía no se va a parar

en la frontera italiana porque, dentro del grupo que ha hecho la protesta más severa en España, está también el interés del presidente Berlusconi para hacer más difícil de comprender todo este tema.

Yo viví la década de la galopada europea. Quería explicar por qué políticamente estamos donde estamos respecto al texto de la Constitución Europea y por qué nos produce algún desconcierto. A mí me produce absoluta incompreensión, aunque la respete, la posición del “No” porque no es suficiente, incluso cuando se dice que cristaliza un modelo que no nos gusta. Eso es antieuropeo. No es cierto que estemos en una regresión. Probablemente, lo que hay es la angustia de la insuficiencia. Pero si hay insuficiencia en la respuesta a los desafíos críticos de la UE, entre otros, cómo vamos a ser capaces de algo. Yo estuve en diciembre en Irán cuatro días. Cuando volvía de Teherán y cruzaba por la frontera turca pensé que, si para los americanos el problema de Irán o de Irak es un problema geoestratégico o geoenergético, para nosotros es un problema de vecindad. Para nosotros es una frontera. Es nuestro México respecto a Estados Unidos. Por tanto, deberíamos tener una aproximación diferente.

¿Por qué políticamente ha pasado lo que ha pasado? ¿Cuál ha sido el tránsito? Yo me quedé muy insatisfecho con el Acta Única europea que se terminó de negociar en Italia y que se firmó posteriormente. No nos atrevimos en el año 86 a darle una denominación solemne. Por eso la llamamos Acta Única, que era una cosa de minusvaloración de un Tratado que no nos gustaba. El propio Jacques Delors no aceptaba que se llamara de ninguna otra manera a algo que le parecía totalmente insuficiente. Y el Acta Única supuso un avance tan serio que a los tres años estábamos discutiendo el tratado de Maastrich, el tratado de la Unión Europea. Era económica y europea, aunque se haya cristalizado la unión monetaria y se haya avanzado relativamente menos en la unión económica. Y seguía siendo insuficiente. Recuerdo perfectamente los debates. Sería aburrido contarlos excepto en algunos detalles. Por ejemplo, dentro del tema de la cultura, la mayoría cualificada no iba a funcionar, y cuando pregunté por qué algunos temas culturales que no se consideraban en mayor cuantía no se sometían a la mayoría cualificada. La oposición era de Alemania con Helmut Kohl, con quien la mayoría de la gente tuvo un trato muy especial y de gran confianza. Y en algún momento de la discusión dije “no tiene ninguna lógica que estemos tomando decisiones por mayoría cualificada en ciertas materias de una gran envergadura, y en este tema de comportamientos culturales tengamos que estar sometidos a la unanimidad o al derecho de veto”. Y Kohl me dijo algo que me sorprendió: “Bueno, ¿quién te ha contado a ti que el ejercicio que estamos haciendo con este tratado tenga algo que ver con la lógica? Esto no tiene nada de lógica. El problema es que si esto no se hace por unanimidad en mi país no pasa por el Bunderstag, porque la materia cultural es competencia de los lander, y por tanto, los lander no van a aceptar que haya una transferencia por mayoría cualificada en determinadas competencias que ellos consideran que son competencias que los identifica en el sentido profundo del término”.

Es ese debate que nos lleva del Acta Única al Tratado de la UE. Incluso eliminamos el nombre de “comunidad” por el de “unión”, parecía ya una persona mayor, y cuando empezamos a definir la “unión europea” tuvimos muchos problemas, pero esto no era lo más importante, lo más importante era que estábamos discutiendo en una fase, que como aquella idea del misil con tres fases, unión aduanera, unión monetaria, unión política, el paso siguiente sería hacia la unión monetaria y la unión política. Y en medio de ese debate se cayó el muro de Berlín y emergió una realidad radicalmente nueva, imposible de contemplar en el espacio de la UE de los doce, incluso con la previsión de que fuera a

quince y quizás los noruegos se incorporarán. Pero ese era el límite máximo de las aspiraciones cuando estábamos discutiendo. De pronto, se produce un desfundamiento de todo el este y el centro de Europa, de toda la antigua Unión Soviética y su zona de influencia, y hay un montón de países que aspiran a incorporarse a la UE. Y algunos países, que se temía que fueran a frenar el proceso de construcción europea, eran tan europeístas como los iniciadores del proceso. Otros países que tenían mayor pátina de ser europeos desde el punto de vista histórico, sin embargo, serían más reacios a avanzar en el proceso europeo. Pero el hecho es que nos encontramos con la realidad de doce países nuevos, que no es que tuvieran aspiración, es que tenían derecho a ser considerados como europeos miembros de la UE. Obviamente, cuando se tienen derechos también se tienen obligaciones. Y las obligaciones eran cumplir unos requerimientos básicos para formar parte del club que tenía sus estatutos. Pero desde el punto de vista de la construcción europea, simplemente, tenían derecho. Nunca se planteó en estos términos. Se planteó como una oportunidad en los momentos en los que había optimismo, y cuando había miedo se decía que era un banquete demasiado abundante como para facilitar la digestión. Se pensaba en que se tenía la obligación moral, y no era una obligación moral, era más una oportunidad, un desafío. Pero, sobre todo, partía de un derecho de pueblos que habían sido cortados o separados de lo que llamábamos la UE en el Tratado de Maastrich de una manera arbitraria, y no por ninguna razón de europeidad. Al incidir esos acontecimientos en el debate se cierra el tratado de la Unión a la espera de que, frente a esos acontecimientos, pudiera abrirse un nuevo debate que permitiera que la UE, políticamente, fuera capaz de absorber a un número de países progresando en el sentido de la unión política.

Nos sorprendió, y se puede decir con cierta tranquilidad que se ensayó en Ámsterdam y Niza, una respuesta a ese desafío que planteaba la ampliación. Pero el mismo día que se acaba Niza, recuerdo al canciller alemán diciendo que el horizonte era “Berlín 2004”, porque quería hacer un nuevo debate que hiciera capaz a la UE de absorber a los nuevos socios. Por tanto, saliendo de la aprobación de Niza había un reconocimiento explícito de responsables políticos europeos y europeístas de que ni el ejercicio de Ámsterdam ni el de Niza permitía una plataforma que ordenara una Europa a veinticinco o a treinta miembros. Esta es la razón histórica. Es relativamente banal, pero es así. Por tanto, se sale de Niza con el propósito de hacer un nuevo tratado. Pero como el compromiso de la ampliación había sido tantas veces aplazado, había que hacer al mismo tiempo el tratado y admitir a los nuevos socios que, obviamente, querían participar en los debates a tiempo completo. Ha habido mucha confusión porque con esto de la “vieja y la nueva Europa” en la definición rumsfelliiana, pues parte de la nueva Europa era la Europa que sigue sin tener confianza en materia de seguridad de la Europa Occidental. Son los países del centro y del este de Europa en su mayoría. Siguen sin recuperar la confianza suficiente desde el punto de vista de la seguridad, y por eso no les faltan razones históricas y miran al otro lado del Atlántico a ver si alguien les garantiza su propia seguridad. Eso es una parte de la explicación. Otras han sido más psicológicas.

Si se comprende esto se ve por qué se inicia un debate sobre el Tratado de la UE. Y les diré por qué a mí no me produce ninguna satisfacción. No es por ninguna de las razones que estoy oyendo en el debate relativamente soterrado de cara al próximo domingo. Se dice que consagra una política económica neoliberal y fundamentalista. Esto no es cierto. Veo ciertas insuficiencias, pero las veo en otras partes. Y además no tendría que meterse en la definición conceptual de una determinada política económica. No es propio ni del Tratado

Constitucional, ni mucho menos de la recopilación la ordenación y la simplificación de todo el acervo comunitario que nos ha llevado hasta día de hoy.

Los americanos son muy pragmáticos con su política económica. A veces se pasan. Han redescubierto o desenterrado a Keynes. Lo han vestido de uniforme y le han puesto armamento a disposición. Entonces, el inmenso esfuerzo armamentístico está suponiendo un salto tecnológico que después difunden por el sistema muy rápidamente. En ese paso, en ese momento, en esos acuerdos de Lisboa que decían: “Nos estamos retrasando. Nos tenemos que recuperar. ¿Qué nos falla? Pues el sistema educativo europeo.” El sistema educativo europeo, que tiene algunos problemas pero no los que se detectaban, era en términos generales comparable satisfactoriamente en su conjunto al de Estados Unidos. Independientemente de que en Estados Unidos haya centros de excelencia, y bien lo saben los asiáticos que lo están aprovechando, sea Berkeley u otro de los centros universitarios. Por tanto, no era el problema educativo. Así, el modelo europeo de relaciones industriales y de relaciones laborales tiene algunas rigideces, pero ese no es el problema de la distancia que sigue creciendo.

Y tenemos un problema serio que es un problema de corporativismo en nuestros comportamientos. Seguimos teniendo un comportamiento en la mayor parte de los países europeos extraordinariamente corporativo, y esto no depende del color político del partido que gobierna. No se engañen. Gobierna quien gobierne, la clase política, la dirección de los sindicatos y del mundo económico-financiero tienen una relación entre ellos que impide la movilidad ascendente y descendente de las empresas, que impide la verdadera competitividad. Es difícil que en Europa surja, aunque no es una figura muy querida, un Bill Gates saliendo de un garaje y desplazando a las grandes corporaciones que se ocupan, porque no pueden ser otras dentro de esa estructura corporativa, de avanzar en tecnología. Hay tenemos un primer desafío. ¿Queremos que Europa sea un espacio capaz de competir, como se decía en los acuerdos de Lisboa? Para eso tiene que ser una potencia tecnológica que añada valor. No podemos competir por salarios baratos, aunque hagamos esa segmentación dramática del mercado de trabajo con inmigrantes, jóvenes... Si en la UE hubiera 24.000 dólares per cápita... En una sociedad cohesionada cómo se puede competir con salarios baratos. Sólo se puede competir añadiendo valor. Sólo se puede competir con productividad por persona ocupada. Sólo se puede competir incorporando nuevas tecnologías y nuevo conocimiento. Para eso falta flexibilidad, no en las relaciones laborales, sino en la estructura corporativa de poder que se reparte todo, y los que tienen que hacer las cosas son los previamente determinados como los ordenadores que ahora se usan para todo.

Por tanto, los problemas que tenemos en la Constitución Europea no son problemas que nos permitan decir que estamos en contra de la Constitución. Son problemas de insuficiencia, pero las insuficiencias se deben, sobre todo, a que llevamos varios años discutiendo sobre el reparto de poder europeo sin decir en qué consiste el poder europeo. Y eso es lo que más me angustia. El poder para ser relevantes, de cara al mundo y al interior, será política de exterior y de seguridad. El poder será no decir dos años después: “Teníamos razón los que estábamos en contra de la intervención en Irak”. Bueno, teníamos razón y qué. ¿A quién le consuela tener razón y que no sirva para nada? Pues solo les consuela a los pobres de espíritu. Por tanto, si la razón la puedes trasladar a una acción que sea operativa y que frene un desastre, dejaremos de ser el pagano de las facturas, que en eso sí hay una gran disponibilidad europea. Somos el continente más solidario, sí, y somos muchas veces solidarios pagando lo que otras destrozan, no evitando que se destrocen sino pagando el

destruimiento. Por tanto, necesitamos un poder en materia de política exterior y de seguridad relevante. No competir en un poder militar. Como dicen algunos: “Es que quieren hacer una potencia militar. Han hecho una agencia de armamento”. “Oiga, usted. No. No queremos competir por un poder militar. Pero sí queremos tener una política exterior y de seguridad para que nos tomen en serio”. Ser una potencia económica, tecnológica, con un modelo social que sea el nuestro, que no solo tiene más elementos de cohesión, sino que favorece el propio ciclo del mercado, es decir, a las propias empresas que se establecen en Europa. Necesitamos avanzar seriamente en justicia de interior. El problema de los flujos migratorios, además de problema es una necesidad, y lo vivimos dramáticamente. No es problema de un solo país. Eso es mentira. Cuando existiera en un solo país como problema insoluble, los demás países estarían dentro de un espacio sin fronteras.

¿Qué decirles de la criminalidad organizada? Por favor, no crean que es la criminalidad solo en los aspectos dramáticos del terrorismo internacional. No. Es que si les roban un coche en una calle de Madrid o de Milán, no se los está robando un chorizo que roba un coche cada cuatro años para comprarse un canuto. No. Se lo está robando una organización transnacional de tráfico de vehículos. ¿Cómo es posible que pretendamos que desde lo local vamos a enfrentar un desafío de esa naturaleza? Esa es la aproximación de lo que, de verdad, falta. Pero, ¿cuál es mi preocupación de lo que pasa hoy? No a nivel de España, no a nivel local. Mi preocupación es que, si esto no sale, no vamos a tener la plataforma para enfrentar lo otro. No digo que la definición de un poder relevante vaya a salir. No veo a Europa con el liderazgo suficiente para enfrentar el pulso con consistencia. Si alguien me dice “hay cinco líderes europeos que saben donde quieren ir, y los demás van a tener que posicionarse respecto a lo que digan esos líderes”. Yo digo: “Pues que me lo digan. Que me digan quiénes son los cinco” para yo saber hacia dónde puede ir el debate. Pero sin esta plataforma no habrá ese avance de ninguna manera. Lo que habrá será un retroceso tremendo, y nos encontraremos con quién va a gestionar el “no”, porque yo no creo que un “no” sea un “no” sin consecuencias. Si es “no”, alguna consecuencia tendrá. Desbanalizar el resultado es extraordinariamente peligroso. Va a haber más de una sorpresa con algún país. Será la sorpresa que nos encontramos en Dinamarca. Nos encontramos con un “no”, pero un “no” mediopensionista, “no” pero no pasa nada. Pues sí pasa. Por lo menos tiene que haber una reacción política. Por tanto, estamos ante un desafío curioso que es previo. Sin la Constitución vamos a regresar. No me exalta porque creo que tiene déficits y que se podía haber ido mucho más lejos, y porque me he aburrido de oír sobre este debate sobre el reparto del poder que era un debate puramente reglamentario. No digo que no me preocupe cómo viajan los cerdos en los camiones por la UE. Me preocupa. Pero no me dedico a la política para eso. Lo siento mucho. Me preocupa más lo que pasa en Oriente Medio. Y si no sirvo para ayudar a resolver como UE lo que pasa en Oriente Medio, de acuerdo a nuestras propias pautas civilizatorias, pues no me puede consolar discutir sobre la altura del césped en los parques públicos. Esto me parece relevante, importante, y hay que cuidarlo, pero no es para eso para lo que se construye la UE. Gracias.

VICENTE VALLÉS

Gracias, presidente. Se han planteado más temas, aparte de los que ya ha planteado Antonio Tabucchi. Se ha hablado de la educación, de la cultura, de los medios de comunicación y su propiedad, de la Constitución... Un buen número de temas para que

comenten quienes nos acompañan en esta mesa. Vamos a empezar por Tomas Vrba, presidente del Consejo de Administración de la agencia de noticias checa CTK

TOMAS VRBA

Europa está formada por muchos idiomas. Lo cual es un elemento enriquecedor, único, y por otra parte, es una desventaja. Tengo tres tareas. Comentar lo que se ha dicho en la mesa, informarles sobre lo que está ocurriendo en la República Checa, y mostrarles en algunos ejemplos en qué aspectos somos distintos e iguales. Hace un cuarto de siglo un disidente y futuro político checo escribió un libro que reflejaba su visión sobre la Europa unida y democrática. Le llamó a este libro “Un sueño sobre Europa”. Era una expresión de escéptico. Hace un cuarto de siglo los checos no creían que iban a experimentar eso. Nadie lo creía. En el año 89 un grupo de intelectuales y de políticos europeos comenzaron a ser invitados por sus amigos españoles, y se comenzó a discutir conjuntamente en los seminarios centroeuropeos de San Sebastián. Mientras, nos empezamos a preparar para que el antiguo bloque soviético pasara de las dictaduras a las democracias, y todos considerábamos que nuestra condición de miembros era totalmente natural y parecía algo de unos pocos años. Tardó mucho más de lo que pensamos inicialmente. En lo que se refiere a la República Checa, que surgió en el año 93 cuando se dividió Checoslovaquia, la intención de incorporación a la UE, en primer lugar, era por motivos de seguridad. Cuando nuestro país se convirtió en miembro de la OTAN en el año 97 parecía como si la pertenencia a Europa hubiera perdido algo de sentido. Pero mientras tanto siguieron las conversaciones sobre el ingreso y el año pasado la República se convirtió en miembro de pleno derecho de la Unión.

Yo me siento feliz por estar junto a dos símbolos de la europeidad. Por un lado, Antonio Tabucchi que ha hablado del espacio y del tiempo europeo, y como buen alumno de los surrealistas europeos ha sido arrastrado de Italia a Francia, y de Francia a Portugal, de manera que recorrió el espacio europeo, y con su obra ha demostrado lo que son los vasos comunicantes. Por otro, Felipe González que ha sido capaz, como pocos en este continente, de materializar los cambios a través del tiempo. En su propio país ha sido capaz de pasar del tiempo del autoritarismo al tiempo de la democracia. Y en la UE, en concreto, contribuyó a pasar de los cañones establecidos al diálogo. Estos dos procesos históricos forman parte de la Historia de Europa, y para los checos son especialmente interesantes. La vía española a la libertad y la democracia era uno de los eslogan que se repetía constantemente a partir del año 89.

¿Cuáles son las estadísticas de hoy? El lunes se publicó el resultado del eurobarómetro sobre la opinión pública en la República checa sobre la Constitución Europea, y el mayor periódico checo titula en su primera página: “los mayores escépticos en la UE son los checos”. Pero los resultados son los siguientes: la Constitución tiene el apoyo del 63% de los checos, lo cual es una situación bastante positiva respecto a los belgas y a los daneses. El 60% de la población checa está a favor de la profundización de la UE. El 84% está a favor de una defensa común, y el 70% está incluso a favor de una política común de fronteras. ¿Esto qué quiere decir? ¿Qué implica? ¿Qué implica cuando comparamos esto con que el 20% de los checos cree que su vida personal va a ser mejor en la UE? Los checos son escépticos, pesimistas, y si existiera una competición europea de pesimismo competirían por la medalla de oro con los portugueses y los húngaros. Igual que compiten por la medalla de oro por la cantidad de cerveza que consumen con los belgas y

los alemanes. En lo que se refiere al referéndum sobre la Constitución Europea no está todavía decidido pero, en la medida en que la Comisión Europea prefiere que los primeros referéndums se celebren allí donde las posibilidades de éxito son mayores, los checos quedarán para el final. ¿Qué es lo que nos amenaza? Sobre todo, una escasa participación. Por el momento, ni siquiera ha sido decidido por ley que tenga que haber un referéndum. Teóricamente, podría bastar la ratificación parlamentaria, pero el problema consiste en que la Constitución Europea tiene que ver con los conflictos de la política interior. Esto no es nada nuevo. Francois Mitterrand ya dijo que cuando a la gente se le plantea una pregunta en el referéndum lo que hace, básicamente, es responder a otra pregunta distinta. Cuando la gente me pregunta si los checos son euroescépticos, suelo decir: “No. No son euroescépticos. Solo son escépticos”, y creo que Europa se mantendrá si sigue siendo escéptica. Muchas civilizaciones no europeas no han tenido nunca un problema con su identidad. Pero Europa es una cuestión única en este aspecto, y eso puede ser precisamente un elemento creativo en cuanto a que el problema de la propia definición de la identidad se lo siga planteando permanentemente. Para los checos Europa nunca ha sido algo evidente, aunque siempre han formado parte mental y culturalmente de ella. Nunca han creído que iban a ver una Europa democrática, y en este sentido, podemos considerarlos como unos europeos escépticos y modélicos. Es una nación cuyo himno nacional empieza por la pregunta “¿dónde está mi hogar?”. Muchas gracias.

VICENTE VALLÉS

Hemos podido comprobar que no somos tan distintos. Ahora, José María Ridau.

JOSE MARÍA RIDAU

Gracias, Vicente. Yo creo que esta tarde se han oído muchas cosas sobre el debate del referéndum de la Constitución Europea. Estamos ya solo a tres días. Por tanto, hay que hacer una selección rápida de los temas que conviene comentar. Yo quisiera detenerme en algo que ha salido permanentemente en el debate sobre la Constitución Europea, y es esta idea de que, por un lado, se dice que la construcción europea debía haberse comenzado por la cultura, por otro lado, se dice que los políticos nunca han hecho mucho caso de la cultura. Podríamos explicar esto recurriendo a que es la imagen lo que prevalece en estos momentos, a que conocer determinado cine o leer a determinados autores es importante solo cuando se está en tareas de gobierno para tener una imagen, a que los políticos siempre mienten... Se pueden ver una infinidad de cosas. Yo creo que hay que hacer una aproximación diferente. Y una mesa como la de esta noche en la que se habla de Historia, de cultura, de educación, nos invita a hacer otra aproximación a esta evidente contradicción. Yo creo que la aproximación que hay que hacer es: ¿en qué plano estamos hablando cuando hablamos de estas cosas? Si estamos hablando en un plano intelectual, yo estoy completamente de acuerdo con Antonio Tabucchi cuando dice que no hay una historia común europea. Esto es absolutamente cierto en el plano intelectual. Incluso podríamos ir más lejos. No solamente no hay una historia común europea, sino que la historia que se cuenta en los países europeos obedece a intereses muy concretos. En estos últimos tiempos hemos tenido sobrados ejemplos. Vivimos en un tiempo en el que por

alguna extraña razón o por una razón inconfesable tenemos los ojos en la nuca. No hacemos más que celebrar aniversarios, centenarios, conmemoraciones, y pensamos que es algo extraordinariamente positivo. Hemos creado un nuevo deber que sustituye al deber humanitario de hace años. Es el deber de memoria, y consideramos que esto no tiene contrapartidas y que es importante. Entonces, tenemos los ojos puestos detrás, y vemos como los franceses han tenido siempre ocasión de reconstruir su pasado en torno a la Resistencia, nunca en torno a Vichy. Los españoles estamos reconstruyendo nuestra historia a partir de la Brigada Leclair, a partir de la presencia de españoles en la Brigada Leclair, pero no, por ejemplo, en la participación nazi en la guerra civil española o con la División Azul a pesar de que hubiera, a mi juicio, en los últimos tiempos intentos extraños de compatibilizar ambas cosas. Reconstruimos a partir de ahí.

Así es en cada uno de los países europeos que están en este proyecto de integración. Un proyecto extraordinariamente importante. Solo hay la excepción de un único país que es Alemania. Alemania es el único país al que no se le concede ninguna capacidad para escoger sobre qué elementos construye su Historia. Tenemos el ejemplo claro de que hubo muchos alemanes resistentes al nazismo, alemanes que han escrito libros fundamentales para construir la Europa que nosotros queremos y, sin embargo, pertenecen a una Alemania extraña. No pertenecen al pasado alemán, y no se les permite reconstruir sobre esos autores como Thomas Mann, Sebastian Haffner, y tanto otros. Y nos encontramos entonces con situaciones como la de Dresde del otro día, y es que es un castigo colectivo aplicado a la población alemana que se denunció en su día, entre otros, por los obispos anglicanos en el Parlamento británico. De este sufrimiento colectivo nadie ha hablado. Y por tanto, como ya anunció hace tiempo Gunter Grass, está en manos de la ultraderecha. Entonces, no solamente no tenemos una Historia común, sino que la Historia en cada país está contada desde unos determinados intereses buscando unos determinados objetivos. Estamos en un plano intelectual. Si seguimos en este plano, yo pondría algún matiz a lo que decía Antonio Tabucchi cuando decía “leer el Quijote o el canto X de La Divina Comedia nos hace más libres”. A mí me recuerda un lema que he visto en España recientemente en el que se decía “Un libro nos hace más libres”. Sobre esto no vamos a argumentar diciendo, por ejemplo, que no estoy nada seguro de que la lectura de los Protocolos de los sabios de Sión o la lectura del Mein Kampf nos haga más libres. Tengo mis serias reservas. Sino que hay que argumentar de otra manera. El Quijote del que ahora celebramos el quinto centenario, un libro erasmista, un libro que defiende la libertad de conciencia en un país donde la monarquía está constituyendo una ortodoxia convirtiendo en no-españoles a judíos, a moriscos, a católicos recién convertidos. Ese libro se lee en un determinado momento que es el tercer centenario, en 1905, como Biblia nacional de España, y en virtud de esa Biblia y de la retórica que genera ese libro no nos hizo más libres sino que suministró parte de la ideología que triunfó en 1939.

Pero es que con La Divina Comedia ocurre lo mismo. Poco antes del sexto centenario, un autor español, Asien Palacios, descubre algo extraordinario. Es que en las fuentes en las que se apoya Dante que, hasta entonces, se considera un genio originario están muy próximas a la escatología, a las leyendas musulmanas sobre el ascenso de Mahoma a los cielos. Esto podrá creerse o no, pero lo que sí es interesante es lo que ocurre cuando se va a celebrar el sexto centenario de Dante bajo el Gobierno de Mussolini, y es que un arabista excepcional como Francesco Gabrielli apoya, en primer momento, cuando aparece el libro de Asien Palacios, pero después, quizás presionado o asustado bajo el Gobierno de Mussolini, cambia de posición y dice: “No. Dante es un genio originario que

no tiene nada que ver con esos brutos del Islam”. No estoy, por tanto, nada seguro de que esa lectura nos haga más libres.

Y si pasamos a la educación, yo creo que tenemos que ver algo que se ha producido en los últimos años. Hace quince o veinte años se educaba a los jóvenes para una sociedad que era libre. Se les educaba para que tomaran las decisiones que quisieran sobre la sociedad a la que llegarían como adultos. Hoy es al contrario. Hoy, el futuro de la sociedad está decidido. Es una sociedad globalizada, y lo que hay que hacer es educar a los niños para que encajen en esa sociedad. Tampoco estoy seguro de que esto sea un valor de la Europa que queremos. Todos estos son aspectos en el plano puramente intelectual.

Si pasamos al plano político. Si discutimos sobre educación, cultura, historia, desde el plano político, yo creo que, primero, hay que hacer una observación, y es que no podemos admitir que con el motivo de la discusión sobre la Constitución Europea aceptemos decir sobre los próximos ciudadanos europeos algo que en nunca caso aceptaríamos dicho sobre los ciudadanos de nuestros países democráticos. Es decir, nosotros no aceptamos que se dijera de los españoles son peores ciudadanos españoles, o que son ciudadanos más tibios, o que, incluso, no existe una ciudadanía española si esos ciudadanos no conocen nuestra Historia. Admitimos que pueden disentir sobre esto. Y el hecho de que ahora estemos hablando sobre Europa no nos autoriza a decir que solo seremos europeos si conocemos una Historia común europea.

Tenemos que llegar a la situación a la que se ha llegado en los países democráticos en la que se es europeo se conozca o no se conozca la Historia, se disienta o no, se dé la adhesión voluntaria a un relato o a otro. Y no les quiero decir que si defendemos que solo se es europeo si tenemos una Historia compartida, esta idea tiene gran proximidad con algunos juicios y algunos programas de partidos políticos que criticamos prácticamente a diario. Y lo mismo diría con la cultura. No aceptaríamos de un ciudadano español, italiano o francés que se dijera que es peor ciudadano o más libre si lee o no lee. Admitimos que es una opción perfectamente abierta de los ciudadanos leer o no leer. Creemos que es conveniente leer. Pero se es exactamente igual de ciudadano e igual de libre. Ahora, insisto, no hablamos en un plano intelectual sino en un plano político.

Respecto de la educación yo creo que tendríamos que hacernos de una vez por todas más fuertes. No creo que tengamos que educar ciudadanos para una sociedad que hemos decidido nosotros. O todavía algo peor, que hayan decidido por nosotros. Tenemos que educar a los ciudadanos para que cuando a ellos les toque dirigir el rumbo de esa sociedad la dirijan en el sentido que quieran.

Como tenemos poco tiempo acabaré con una cuestión política. Y es que la Constitución Europea que vamos a votar no decide sobre cómo es la cultura europea, que no decide sobre cómo es la Historia en Europa, y que no decide sobre cómo es la educación en Europa en ese sentido profundo que les decía. Lo que la Constitución Europea decide es sobre algo fundamental en un sistema democrático. Decide sobre unas instituciones y sobre unos procedimientos que nos garantiza que haremos nuestras razones a través de argumentos para convencer a quien no los comparte. Y en último extremo los impondremos a través del voto. Eso es lo que nos hace europeos, nuestra adhesión a una Constitución a la que a mi juicio hay que decir que “sí”, sean cuales sean las insuficiencias. Lo que establece son instituciones y procedimientos. Y si vemos así la Constitución Europea, la conclusión a la que debemos llegar es que la Constitución Europea, en el caso de que fuera aprobada, no nos va a dar Europa, nos va a dar el marco en el que nosotros, ciudadanos, en el marco intelectual, político, en el que sea, haremos Europa. La Europa que queremos.

JOSÉ ANTONIO MOLINA

Mi idea de Europa y del europeísmo me viene de una manera sobrevenida. Yo estudié en los últimos años de bachillerato en un instituto que se llamaba Salvador de Madariaga en la Coruña. No sé si a ustedes les suena este nombre, pero tienen que saber que fue un gran escritor, un gran diplomático, un gran defensor de la República, y que participó en esa idea de la construcción europea. Por tanto, yo sin hacer nada por ser europeo, me sentí atraído por esta figura, por esta personalidad a la que yo conocí una vez muerto Franco, y regresado él a su ciudad natal en España. Además tuve la posibilidad de hacer, una vez él fallecido, una exposición sobre su vida y sobre su labor, inaugurada por su sobrino, Javier Solana, que por aquel entonces era ministro de Cultura de uno de los gobiernos de Felipe González. Por cierto, el presidente González fue quien creó el Instituto Cervantes hace trece años, y de alguna manera, yo le debo estar aquí porque soy el director de esta institución que si él no la hubiera creado, pues quizás yo no estaría hoy aquí.

Por otra parte, Europa se hace hablando, y de manera pragmática, trabajando. Nosotros, el Instituto Cervantes, instituciones francesas, italianas, alemanas, el British Council, llevamos ya años trabajando en ese acercamiento de culturas, de lenguas, artístico e intelectual, tratando de intercambiar nuestras ideas y de desenterrar la palabra “extranjero”, esa persona extraña, que se teme porque es desconocida, porque no sabemos que cosas trae consigo. Yo creo que nosotros nos dedicamos a conocernos, a llevar lo que somos, a traer lo que nos encontramos en cada uno de esos lugares, y también a tratar de que esa barrera lingüística sea cada vez menor para que tengamos menos miedo a las lenguas, a esa separación que puede implicar que haya tan importantes medios de expresión lingüísticos distintos. Por tanto, llevamos tiempo trabajando, y creo que la Constitución no lo va a arreglar todo de la noche a la mañana. Es un paso más, un camino más, quizás, acortando el camino. En ese sentido, todos debemos trabajar: instituciones públicas, privadas, tenemos que darnos a conocer, tenemos que romper esas barreras e ir más allá, no solamente entre los europeos, sino entre todos los continentes. De hecho, entre estas instituciones estamos colaborando. Incluso, en muchos sitios, físicamente, compartiendo espacios.

Dentro de unas semanas estaremos en Estocolmo con el Instituto Goethe inaugurando un edificio común que compartiremos, y llevamos tiempo hablando de tener en algunos países un instituto que tenga un nombre que nos agrupe a todos nosotros. Yo creo que es una labor importante. Creo que la cultura es algo que une fundamentalmente a Europa, y nosotros, de alguna manera, estamos en esa vanguardia. Muchas gracias.

VICENTE VALLÉS

Vamos directamente a las preguntas. Empiezo por reflexiones planteadas a Felipe González sobre el tema de la seguridad y política exterior europea. Leo: “Decir <<no>> al Tratado no es antieuropeo es ser más exigente en la construcción de Europa. La opinión europea desea una defensa propia de Europa, sin embargo Felipe González dice que no se quiere una alianza militar. ¿Es esto una contradicción? ¿Cómo convertir la política exterior y de seguridad en un instrumento de poder? ¿Sería suficiente con un poder político europeo o se necesitaría también una capacidad militar para ser influyente y persuasivo? ¿La

necesidad de unanimidad prevista en esta Constitución en la política exterior permitirá a la UE tener esa potencia necesaria para hacer frente a los desafíos?

FELIPE GONZÁLEZ

El “No” por ser más exigente en el proceso de construcción europea lo explique, incluso, psicológicamente. Era el “No” de la insatisfacción que me producía el Acta Única, y por eso, le llamamos “Acta Única”. Cuando Jaques Delors al Tratado de la UE quiso llamarle “Acta Única Bis”, le dije “no. Hasta ahí podíamos llegar”. Es una contradicción en sus términos. No podemos incurrir en esa contradicción. Por tanto, vamos a darle un nombre. Ya dije lo que pasaba con eso. Yo siempre he estado insatisfecho, es un estado natural, respecto el avance en la construcción europea. Digo “natural” porque para eso había algunos que creían que íbamos demasiado lejos, y naturalmente, todo lo que hemos dicho es que Europa es un compromiso. Digamos que es el triunfo de la palabra sobre el triunfo de las armas. Si el diálogo tiene el sentido de conocimiento del otro, obviamente, tiene que ser la base de la construcción europea. Por tanto, no me frustraba la frustración. Me parecía que era natural. Lo que sí descubrí, y es interesante, es que cuando había cuatro o cinco personas al frente de la construcción europea que se ponían de acuerdo, incluso con un grado de complicidad x, en una determinada orientación, el resto tenía que tomar posiciones respecto a eso, y seguían. No sé si en eso consiste el liderazgo o no. Nunca será un liderazgo individual en Europa porque son estados.

Segundo, respecto de la política exterior y de seguridad común. Lo que digo es que no quiero, no estoy proponiendo que Europa compita en términos de potencia militar con EE.UU. Pero no puede renunciar a tener una política de seguridad y, por tanto, una política de defensa si quiere tener una política exterior. Lo demás son bromas. Es decir, algunas veces, lo digo en términos de broma. A lo mejor es verdad que nos estamos haciendo demasiado viejos, y como nos falta sex appeal pues lo queremos arreglar con el cheque appeal. Pues el cheque appeal no es suficiente. Lo he explicado muchas veces. Dice un viejo amigo mío: “Es que si no das dinero das pena”. Pues estamos en esa duda entre dar dinero y dar pena. Yo sé que eso sí es nadar contracorriente. Yo no quiero que sea la primera potencia militar del mundo. Veo la configuración del mundo y veo que EE.UU. no va a querer dejar de ser la primera potencia tecnológica y militar. Muy bien. Ahí está. De momento lo es y va a tratar de mantenerse. Veo que China tiene demografía y voluntad de ser una potencia tecnológica-económica y voluntad de tener un sistema de defensa. Nunca han sido históricamente agresivos respecto a otros, por lo menos, en la Historia milenaria, pero, en todo caso, quieren tener su propio sistema de defensa. Y veo que Rusia no va a renunciar a recuperar una determinada posición.

Bueno, yo creo, de verdad, en los valores de Europa. Por eso soy europeísta, pero en una política de “buenos profesionales” no creo. ¿Por qué no nos hacen caso? Pues porque no nos tienen respeto como europeos en el conflicto de Medio Oriente, de Próximo Oriente o en cualquier otro escenario, y a veces, me turba oír decir a los franceses, en estos enfrentamientos menores que hemos tenido con los países del este, que los polacos no han sido más pro-franceses que pro-americanos en la crisis de Medio Oriente. Y, ¿qué tendrá que decir Polonia en la crisis de Corea? Pues lo mismo que Francia. Nada. Cada uno podemos decir lo que queramos, pero no incidir en la solución de una crisis de esta naturaleza. A mí me lo decía Tse Tsao Ping, “bueno, son ustedes tan poquitos, ¿por qué no se ponen de acuerdo? A nosotros nos parecía que éramos muchos. Por tanto, se me ha

entendido mal. Construir una política exterior y de seguridad común, no digo ya única como la moneda, va a exigir un esfuerzo declarativo sino la construcción de una capacidad de presencia con todos los requerimientos que apelamos, con Naciones Unidas, con el multilateralismo, sino no significaremos nada. Yo sigo teniendo como una llaga en mi memoria. Cuando el conflicto de la Antigua Yugoslavia se desencadenó, en parte, porque no cumplimos el primer requerimiento que tiene que cumplir un responsable político, que es saber cuál es el siguiente paso del paso que se va a dar, eso se le debe pedir al político, como no lo preveíamos pasó lo que pasó. Pero el noventa por ciento de la información de que disponían los europeos desplegados en Bosnia, en los alrededores de la zona de Yugoslavia, era norteamericana. Nada que reprochar. Además había que dar las gracias. Pero quería que tuviéramos alguna información nosotros. Y no teníamos ninguna información porque no teníamos satélites. No es tolerable, no es imaginable que se quiere ser la primera potencia tecnológica y económica del mundo, pero la información que recibimos sobre lo que pasa en el mundo es en el noventa por ciento americana. No me conformo con eso. Es difícil decir estas cosas. Es difícil nadar a contracorriente porque esto parece que es un aspecto militarista. Bueno, pues yo hice la mili y después no me puse el uniforme más. Otros que me sucedieron no hicieron la mili y les encantan las gorras y los uniformes. Muchas gracias.

VICENTE VALLÉS

Hay varias preguntas al respecto de la identidad cultural europea. Entiendo que dirigidas a Antonio Tabucchi. Se pregunta si es posible crear una identidad cultural europea y cuál es el papel de la comunidad de inmigrantes en esta Constitución Europea. También se pregunta qué le parece la renovada política del gobierno de Zapatero al respecto de esta cuestión.

ANTONIO TABUCCHI

A propósito de lo que decía José María Ridau, un hombre que lee un libro no es más libre que otro. Es más culto. También es más libre porque en los totalitarismos se prohíben los libros. Yo me referí a los clásicos, y en cada régimen hay una tendencia a reducir los clásicos a su lectura, pero el hecho es que Gabrielli, lector de Dante durante el periodo del fascismo italiano, ha pasado, y La Divina Comedia se quedó. Yo creo que la identidad del ser se hace como se hace la masa del pan. Europa es una identidad multicultural, eso es una grande fuerza, es una fuerza enorme. Es una especie de fábrica que construye. Es un laboratorio siempre vivo. A mí también me gusta la idea, y creo que será así porque es inevitable que exista un futuro multicultural y multirracial, y claro, no podemos quedarnos cerrados dentro los muros de nuestra casa. Tenemos que acoger a las personas que llegan y acogerlas de una manera inteligente, constructiva. Y también, diría, un poco cínicamente, aprovechar, porque se puede aprender muchas cosas. Damos bienes materiales pero, sin embargo, también aprendemos. Las personas que viven aisladas en algunas comunidades en el mundo se quedaron, desde el punto de vista civilizado, muy atrasados. Hay comunidades que se quedaron aisladas y tiene que ser triste. ¿Recuerdan “Las Hurdes” de Buñuel? Yo creo que este futuro es el contrario de Las Hurdes, sobre todo, en Europa. A propósito del escepticismo del cual hablaba Tomas, estaba reflexionando que, efectivamente, este escepticismo me está gustando, porque estaba pensando que el entusiasmo del siglo veinte

ha provocado unas tragedias terribles. Sobre el entusiasmo había montones de cadáveres. Y si fuéramos a construir nuestra Europa con nuestro escepticismo, ¿por qué no? Un entusiasmo de bolsillo pero con un escepticismo más sano que esos entusiasmos que mueven las masas y que necesitan un jefe. Una cosa más entre nosotros, familiar, creo que puede ser una buena solución, manteniendo una mirada siempre escéptica, autoirónica, sin pensar que vamos a construir el reino del bien que va a ir a luchar contra el mal, que estamos en conversación directa y telefónica con Jesucristo. Hacer una comunidad europea entre nosotros con simpatía y civilización, con esos valores que son en el fondo los de Europa. Vamos a hacer una nueva vieja Europa con los grandes valores que la grande cultura europea nos deja.

JOSÉ MARÍA RIDAU

No está en mi ánimo polemizar con un autor al que admiro como Antonio Tabucchi, pero sí hacer algunas cuestiones. Es verdad que Francesco Gabrielli ha pasado y que lo que ha quedado es Dante, pero sobre ese Dante cayó después Oriana Fallaci exactamente con los mismos argumentos que le obligaron a Francesco Gabrielli por el gobierno de Mussolini. Por tanto, yo creo que hay tener extraordinario cuidado. El argumento de Oriana Fallaci era “prefiero a Dante a Omar Hayam”. El ejemplo no puede ser más penoso, porque si hay un poeta libertario en ese ámbito, éste era Omar Hayam.

ANTONIO TABUCCHI

Prefiere a Dante que a Omar Hayam, pero nosotros preferimos a Omar Hayam y a Dante antes que a Oriana Fallaci. (Risas)

JOSÉ MARÍA RIDAU

Exacto. Por eso digo que la Europa que queremos construir no es la Europa que nos dice que cultura seguir como nos dice Mussolini. Por otro lado, los regímenes totalitarios prohíben los libros, pero solo algunos libros. La editorial Progreso llenó España de libros venidos de la Unión Soviética. Prohibían libros, pero otros eran promocionados y leídos hasta el final. La tercera cuestión era la cuestión de la identidad. Hay que empezar a darse cuenta de que esa palabra esta cargada de riesgo. Cuando Antonio Tabucchi hablaba de la identidad hace un momento decía “es como hacer la masa del pan”, “es una fábrica”, y yo recuerdo la crítica que hacían los autores más lúcidos de los autores del siglo XIX que decían “la metáfora sustituye al razonamiento”, porque si cogemos la identidad y le aplicamos el razonamiento, y decimos “¿qué políticas hay que hacer para tener una identidad?”, la criatura que nos va a salir es ese tipo de gobierno que tanto criticamos al norte de nuestro país o en determinados zonas balcánicas. Por tanto, nosotros no defendemos identidades. Defendemos ciudadanías. Si hablamos en términos políticos, lo que se opone a “identidad” no es “pluralidad”, esa cantidad de enormes conceptos que han empezado a pulular ahora. Si hablamos en términos políticos de la “identidad”, es decir, a la definición de la pertenencia al grupo a través de unos valores tasados, obligatorios, impuestos sobre el poder, a lo que eso se opone es a “ciudadanía”, es decir, pertenencia al grupo con enorme libertad, se piense lo que se piense, se crea la Historia que se crea, y se

lean los autores que se lean, incluso, cuando se prefiere a Dante y a Omar Hayam frente a Oriana Fallaci, aún así, se sigue siendo ciudadano y se sigue siendo europeo.

VICENTE VALLÉS

Alguien pregunta: “¿Qué participación atribuye a EE.UU., como elemento entorpecedor del proceso de integración política europea?”

FELIPE GONZÁLEZ

Si vamos a ser escépticos habrá que ser escépticos, incluso, del propio escepticismo. Si uno es una primera potencia en el mundo, no quiere que nadie le haga sombra. Es normal, pero es normal colocándose también en la piel del otro.

ANTONIO TABUCCHI

La América que nos gusta es la América de unos ciertos artistas, de una cierta música, de Kerouac, de Faulkner, de Hemingway. Estos son los EE.UU. que amamos, los EE.UU. del jazz, de Martin Luther King. En este momento hay una inmanencia de la potencia que se manifiesta de una manera muy ruidosa, pero creo que, como decía el presidente González, hay este tipo de competición que no excluiría que el actual presidente de los EE.UU. haga de vez en cuando una llamadita a algunos representantes políticos de Europa para pedir una ayuda. Esto no es lo que nos debe preocupar. Hay que mirar las cosas con una mirada un poco larga, y larga en el futuro. Ahora las cosas, francamente, no son para entusiasmarlos. No creo que el mundo suscite un gran entusiasmo, pero yo que soy pesimista por naturaleza, no pienso que esté mal un poco de optimismo o de ilusión es importante. También la utopía. Vamos a ver.

VICENTE VALLÉS

Se pregunta acerca de si es conveniente que varios países como Azerbaiyán o Turquía entren en la Unión en el futuro, y que si países como estos están en condiciones de ayudar a construir la identidad europea y a consolidar la paz en Oriente Próximo, y sobre si no es demasiado arriesgado tener que ratificar por medio de veinticinco referéndums la Constitución Europea cuando hay países, como Polonia, que han ingresado en la Unión y lo han hecho a través de referéndums con muy poca participación.

FELIPE GONZÁLEZ

No va a haber veinticinco países ratificando por el referéndum. Ésta es una información insuficiente. Algunos países lo van a ratificar parlamentariamente. Otros, por referéndum, pero son una minoría, y de éstos hay otros que constitucionalmente lo tienen que ratificar por referéndum. Y claro, hay quien también está a la espera para tomar una decisión.

Segundo, el problema de la configuración definitiva de Europa. Parecería, de acuerdo a los debates que estamos oyendo, que Ucrania sería más europea que Turquía. Es un problema de limitación geográfica, es un problema de identidad. Lo único que no

plantearía, desde el punto de vista de la ciudadanía, sería es un problema de identidad. Lo que plantea es un problema de ciudadanía. No es exactamente lo mismo. Desde el punto de vista de la ciudadanía, ¿se cumplen todo el paquete de derechos y requerimientos que consideramos necesarios? ¿Sí o no? ¿Hasta dónde va a llegar el mapa de Europa? Yo creo que se está cerrando el mapa de Europa. Por ejemplo, sería de altísimo riesgo, lo digo porque va a ocurrir, jugar con esta idea de papá y mamá con Ucrania. Estamos en la época inmediatamente posterior a la implosión de la Unión Soviética, y a la tensión subyacente en la Federación Rusa. Por eso es de altísimo riesgo que la opción fuera: me voy con uno contra otro, con otro contra uno. Además sería ridículo, porque, por ejemplo, la gran oportunidad de Ucrania sería ser capaz de tener las dos opciones integradas dentro de su posición geopolítica, geoestratégica, cultural, y naturalmente, construir su propio país sobre la base de la apertura a uno y a otro lado. Pero si seguimos con esto, la fractura ucraniana sería una fractura mayor en el caso de que se produjera. Por tanto, es un problema de institucionalizar, de ciudadanía, y no de decir “¿a quién prefieres? ¿A papá o a mamá?”. La opción es Europa y no como si fueran las dos opciones excluyentes.

Yo solo voy a plantear el problema energético en Europa sin resolver. Estamos abocados a una crisis de oferta en los próximos siete años. No va a bajar el precio del petróleo. Habrá por primera vez una crisis de oferta, una insuficiencia de oferta energética para responder a la demanda de países tan importantes como China o la India. Eso va a reventar, y no se está haciendo lo necesario para evitarlo. Cuando se dice “en Irak los que están, están porque debajo hay petróleo”, hay algo de sentido común, un sentido primario. Europa, nuestra Europa, no se ha planteado una política energética dentro de ese escenario, y Ucrania es quien necesita Europa para tener energía como consumidor, pero para los productores de energía es también el paso obligado. Tampoco quiere decir que si pasa la energía no se quede también para el desarrollo. Este es un problema serio de los grandes países de materias primas energéticas no renovables, con la excepción de Noruega que nunca ha transformado el oro negro en desarrollo. No se conoce ningún modelo en los últimos setenta años de grandes descubrimientos petroleros que hayan sido transformados en desarrollo consistente y sostenible para el conjunto de las sociedades, no digo que no haya sido fruto de la riqueza de las élites. Por tanto, la definición de Europa es siempre difícil, siempre habría que hacerlo en términos de ciudadanía.

VICENTE VALLÉS

Pregunta para Antonio Tabucchi: “¿tiene alguna esperanza de que Europa con la nueva Constitución pueda impedir casos como el de Italia donde un gobierno actúa bordeando la ley o cambiándola a su antojo?”

ANTONIO TABUCCHI

Creo que sí. Por lo menos es una garantía. En este momento, el gobierno italiano con las mayorías simples está cambiando la Constitución. Están trabajando sobre varios artículos. Creo que una situación de esta gravedad tendría más opciones de resolverse con Europa.

VICENTE VALLÉS

Pregunta para Felipe González. “¿Hasta qué punto lo que une a los europeos es contradictorio, y por tanto, genera enfrentamiento?”. Otra pregunta dice: Si la Constitución define a la UE como un estado supranacional, ¿la UE como trata la dialéctica de la confrontación entre el estado nacional y el estado federal?, y por último, ¿podemos considerar que la Constitución Europea ofrece una democracia mejor que la de las democracias nacionales, incluida la española?

FELIPE GONZÁLEZ

Curiosamente, vivimos la construcción de la UE desde la contradicción. Se empieza por la C.E.C.A, la comunidad económica del carbón y del acero, porque el carbón y el acero era la materia prima para el enfrentamiento, no solo de intereses sino de intereses elevados a la amenaza bélica o al desencadenamiento de la guerra. Por tanto, pongamos en común aquello que nos puede llevar a una confrontación de esa naturaleza. Lo mismo pasó después con el Euroatom en relación con la energía atómica. Por tanto, vivimos en esa contradicción, pero esas contradicciones se tienen que resolver mediante el diálogo y el acuerdo y la capacidad de consensuar algunas políticas, y avanzar por mayorías cualificadas. Eso ya es algo inimaginable desde el punto de vista histórico, pero institucionalizar que se puedan tomar decisiones supranacionales por mayorías cualificadas, por muy cualificadas que sean, que afectan directamente a los estados que están en la minoría, y que, por tanto, superan lo que llamamos soberanía nacional en el sentido clásico, eso, desde el punto de vista institucional, es un salto adelante extraordinariamente importante.

Después, hay otra pasión que es cómo describiríamos Europa desde el punto de vista jurídico-conceptual, doctrinal y político. ¿Qué pretendemos hacer? ¿Una Europa federal, que es la Europa de los federalistas por los que siento la máxima simpatía siempre que en el debate nominalista federal no se impida seguir avanzando? ¿Es federal? ¿Es confederal como esa idea que tuvo Mitterrand en algún momento cuando el hundimiento de la Unión Soviética hizo aflorar todas las apetencias de los países que habían salido de eso? Ahí habló por primera vez de “confederación europea”. Claro, era un hombre de pequeñas frases. Como nunca lo explicó, algunos de sus ministros decían “¿qué quiere decir con eso de confederación europea?” Es lo malo de ser presidente de Francia que cuando dice algo, todo el aparato se pone a aplicarlo, aunque no lo haya explicado. Por eso es mejor medir lo que se dice cuando se es presidente de un país como Francia. Por tanto, no es confederal, no es federal, y desde luego, no es un estado unitario. Tenemos dificultades para comprenderlo. Se ha avanzado más en eso que algunos llaman la ciencia económica, que si fuera ciencia nos permitiría atisbar lo que va a pasar por delante, pero siempre nos explica las razones de por qué pasó, en todo caso sería una ciencia de aproximación, pero tiene mucha más flexibilidad la ciencia económica. Eso nos ha permitido, por ejemplo, una moneda única, y nadie se cuestiona qué implicaciones jurídico-conceptuales o doctrinales tiene una moneda única. A mí parece un hallazgo extraordinario. La gente dice: “¡Eso es puro materialismo!”. Se imaginan en Estados Unidos con cincuenta estados con cincuenta monedas diferentes circulando de un estado para otro. Es ridículo. Realmente ha habido progreso, pero ese progreso ha sido posible por flexibilidad.

Entonces, cada vez que me plantean esta cuestión, me turba. Lo que estamos construyendo con Europa no tiene nada que ver con las teorías acuñadas por el Estado-nación de los siglos XIX y XX. No es una estructura de estado unitario, ni una estructura federal aunque sea a lo que más se parecería, ni una estructura confederal. Algunos dirán: “Es un híbrido, porque si no cabe en mi cabeza con una taxonomía perfectamente determinada, nadie lo va a entender”. Pero se están rompiendo montones de elementos de soberanía nacional para compartir soberanía en un núcleo institucionalizado de decisiones que no se corresponde con un estado federal. Ya no es una incidencia porque se ha publicado. Una vez fui a ver a la Reina de Inglaterra, y le pregunté al embajador qué tipo de conversación me iba a plantear. Él me dijo “no te preocupes. Te va a hablar del tiempo, de la visita que han hecho los príncipes a Mallorca. Va a ser una conversación sin entrar en ningún contenido”. Y la verdad es que yo llegué y la Señora me dice “¿usted habla francés?” y contesto “sí”. Ella me dice “¿no le importa que nos veamos en esta salita solos?”. “A mí no me importa. ¿Hay alguien que está pensando mal?” (Risas) Nos sentamos y efectivamente me habló del tiempo: “¿Usted cree que ese proceso de la Unión Europea va a acabar con las monarquías existentes?” (Risas) Pregunta número dos: “¿Me puede usted decir en confianza cómo se lleva con la Señora Thatcher?”. Las dos preguntas me dejaron absolutamente aplastado. Yo iba preparado para cualquier cosa, incluso para entrevistarme con Thatcher, pero no para unas preguntas de esa naturaleza.

Por tanto, es que, verdaderamente, estamos haciendo una construcción jurídico-político-institucional que no tiene una correspondencia con ninguno de los modelos que hemos estudiado o que hemos visto. Y, debo decir que es la última de mis preocupaciones, porque sé que el estado-nación está en una crisis, no terminal, pero sí de adaptación a una sociedad que ya no es la sociedad industrial, y la respuesta a esa crisis del estado-nación no está dentro de la predeterminación jurídico-conceptual a la que estamos acostumbrados desde el siglo XIX y XX. No me perturba nada. Al contrario, si hay algo que me perturbe es que funcione. En eso no quiero caer en el escepticismo. Cuando estábamos hablando sobre el Tratado de Maastrich se decía “¿cómo le vamos a llamar?”, como el niño que le pregunta al padre, y el padre dice “Unión Europea”. “Papá, ¿y la Unión Europea qué es?”. “Una unión de pueblos”. “Oye, papá. ¿Y una unión de pueblos qué es?”, y el padre dice “Niño, es tarde. Vete a la cama. No me compliques la vida”. Pero, es verdad que estamos construyendo sobre la prueba y el error, y si algo me preocupa en el proceso de institucionalización, debo decirles que el proceso de toma de decisiones dista mucho de tener la eficacia necesaria para servir a los ciudadanos. Eso es lo único que me preocupa. Y ahora lo quieren complicar porque con esto de que tienen que participar, ya no veinticinco países en el proceso de toma de decisiones, sino 180 regiones con diferentes grados de competencia o de denominación. Entonces, ¿qué se puede decidir entre 350 interlocutores sentados en torno a una mesa del Consejo? Bueno, pues no es verdad. Eso no sirve, y por eso tenemos que ver cómo funciona un poder para todos global y eficiente.

Y una cosa más. Hay que revisar el acerbo comunitario para aligerarlo, hay competencias atribuidas al centro que es ridículo que mantengamos por acumulación cincuenta años después. Hay muchas. Hay que dedicar a eso que llamamos el centro, el poder político europeo, a lo que es relevante para Europa. Es imposible que con cuarenta veterinarios se quiera controlar la sanidad europea. Es una tontería. Puede haber una reglamentación básica y exigencia de responsabilidades, pero, por favor, que no se metan en el queso que comemos, que algunos no cumplen los requerimientos, y a mí me gusta.

VICENTE VALLÉS

Es la hora de terminar. Agradecemos a los ponentes y a los comentaristas. Alguien se quejaba del poco debate que hay sobre el contenido de la Constitución y sobre la construcción de Europa. Seguramente, tenga razón, pero son debates como éste los que nos ayudan a llegar con más información a ese referéndum. Muchas gracias.